

Viéndole tan despreocupado y tan complaciente, se hubiera creído que aquella visita no tenía para él nada de injurioso. Refirió amistosamente al conde de Orbec la emboscada en que había caído pocos días antes al salir de su casa cargado de oro; el mismo día, añadió, en que había desaparecido la señorita de Estourville. Esta vez, como la anterior, se ofreció para acompañar á sus visitantes y para ayudar al preboste á buscar á su hija. Se alegraba de que le hubieran encontrado en casa, porque así podía cumplimentar á ambos antes de marcharse, cosa que tenía dispuesta para aquel mismo día, para dentro de dos horas. Se iba á Romorantin, designado por la benevolencia del rey Francisco I para formar parte del grupo de artistas encargado de salir al encuentro del emperador.

En efecto; los acontecimientos políticos se habían desarrollado casi con la misma rapidez que la presente historia. Carlos V, animado por la promesa pública de su rival y por el compromiso secreto de la duquesa de Etampes, estaba á pocas jornadas de París. Se había nombrado una diputación para recibirle, y Cellini figuraba en ella. Orbec y el preboste le encontraron con vestido de viaje.

—Si sale de París con toda la escolta—dijo en voz baja Orbec al preboste—, no es lógico pensar que sea él quien ha raptado á Colomba, y en ese caso, nada tenemos que hacer aquí.

—Ya os lo dije antes de venir—respondió el preboste.

A pesar de todo, quisieron llegar hasta el fin, y empezaron su investigación con un cuidado minucioso. Benvenuto los siguió y los dirigió al principio, pero al ver que la visita era muy detallada, les pidió permiso para dejarles que la continuaran solos, pues como tenía que marcharse dentro de media hora, necesitaba dar algunas instrucciones á sus obreros, porque quería que á su regreso estuvieran terminados todos los preparativos para la fundición de su estatua de Júpiter.

Benvenuto volvió al taller, efectivamente, distribuyó trabajo entre los obreros, les reconendó que obedecieran como á él mismo á Ascanio, dijo á éste al oído algunas frases en italiano, se despidió de todos y se dispuso á salir. En el primer patio estaba el pequeño Juan, teniendo de la brida un caballo ensillado.

En aquel momento se acercó Scozzone á Cellini, la llevó á un lado y le dijo muy seria:

—¿Sabéis, maestro, que vuestro viaje me deja en una situación muy difícil?

—¿Por qué, hija mía?

—Pagolo está cada día más enamorado de mí.

—¿De veras?

—Y no cesa de hablarme de su amor.

—¿Y qué le respondes tú?

—Yo obedezco vuestras órdenes, y le digo que veremos, que tal vez pueda arreglarse todo...

—¡Muy bien!

—¡Cómo que muy bien! ¿Pero no sabéis, Benvenuto, que toma en serio cuanto le digo, y

que me estoy comprometiendo seriamente con él? Hace quince días que me prescribisteis la línea de conducta que debía observar. ¿No es así?

—Me parece que sí; no me acuerdo bien.

—Pues yo tengo mejor memoria, y lo recuerdo exactamente. Durante los cinco primeros días le escuché en silencio, lo cual era ya una respuesta bastante comprometedora, pero me lo habíais mandado, y obedecí. Los cinco últimos días no he tenido más remedio que hablarle de mis deberes para con vos, y ayer, maestro, ya tuve que suplicarle que fuera generoso, y él me exigía que le contestara francamente.

—Eso ya es distinto.

—¡Gracias á Dios!

—Ahora, óyeme, hija mía. Durante los tres primeros días de mi ausencia le dejarás creer que le amas; los tres días siguientes le confesarás tu amor.

—¡Qué! ¿Sois vos quien me dice eso, Benvenuto?—exclamó Scozzone ofendida de la excesiva confianza que el maestro manifestaba en ella.

—No te alarmes. ¿Qué tienes que reprocharte si soy yo quien te autoriza?

—¡Dios mío!—replicó Scozzone—. Nada, ya lo sé; pero si me encuentro colocada así, constantemente, entre vuestra indiferencia y su amor apasionado, ¿sabe Dios si acabaré por quererle de veras!

—¡Bah! ¡En seis días!... ¿No te juzgas capaz de permanecer indiferente seis días?

—¡Eso sí! Os los concedo. Pero no estéis ausente siete.

—No tengas cuidado, hija mía. Volveré á tiempo. Adiós, Scozzone.

—Adiós, maestro—dijo Catalina enfurruñada, riendo y llorando á un tiempo.

Mientras Benvenuto Cellini daba á Catalina sus últimas instrucciones, el preboste y el conde de Orbec volvieron á entrar en la casa, y ya solos y en plena libertad se dedicaron á sus pesquisas con frenesí, explorando graneros y bodegas, golpeando las paredes, removiendo los muebles, tenaces como acreedores; cachazudos como cazadores; volviendo cien veces sobre sus pasos, y terminado el registro salieron sofocados y sudorosos, sin haber descubierto nada.

—¿Y qué, señores?—les dijo Benvenuto al mismo tiempo que montaba á caballo— No habéis encontrado nada, ¿verdad? Lo siento mucho, porque comprendo lo doloroso que debe de ser para dos corazones como los vuestros lo que os ocurre; pero á pesar de todo el interés que me inspira vuestro dolor y del gusto con que yo os acompañaría en vuestras gestiones, necesito irme. Adiós, señores. Si necesitáis volver al palacio de Nesle en mi ausencia, no vaciléis; podéis entrar aquí como en vuestra casa. Ya he dado las órdenes oportunas para que os reciban en cualquier momento como si fuérais los amos. Lo único que me consuela de dejaros en esa inquietud, es la esperanza de que á mi regreso, vos, señor preboste, me daréis la noticia de que

habéis encontrado á vuestra hija, y vos, señor de Orbec, á vuestra bella prometida. Adiós, señores.

Volvióse luego hacia sus obreros, que estaban agrupados en la escalinata, á excepción de Ascanio, que sin duda no tenía gran empeño en encontrarse cara á cara con su rival, y les dijo:

—Adiós, hijos míos. Si durante mi ausencia tiene el señor preboste deseos de visitar por tercera vez el palacio, no olvidéis que debéis recibirle como si fuera yo mismo.

Juan abrió la puerta, y Benvenuto, picando espuelas, salió al galope.

—Bien véis que no me equivocaba—dijo el conde de Orbec á Estourville—. ¡Cuando uno ha robado una muchacha, no se va á Romorantin con toda la corte!

XXV

CARLOS V EN FONTAINEBLEAU

Con graves vacilaciones y espantosas angustias, puso Carlos V el pie en tierra de Francia, donde el aire y el suelo eran, por decirlo así, enemigos suyos; á cuyo rey, prisionero, había maltratado indignamente, y á cuyo delfín tal vez había envenenado, ó por lo menos de ello le acusaban. Europa esperaba terribles represalias por parte de Francisco I, desde el momento en que su rival iba á entregarse voluntariamente en sus manos. Pero la audacia de Carlos V, de aquel gran jugador de imperios, no le permitió retroceder, y una vez explorado y preparado el terreno, atravesó valerosamente los Pirineos.

Contaba con amigos abnegados y leales en la corte de Francia, y creía poder fiarse de tres garantías: la ambición de la duquesa de Etampes, la temeridad del condestable y la caballerosidad del rey.

Ya hemos visto cómo y por qué motivo quería servirle la duquesa. En cuanto al condestable, ya era otra cosa. El escollo de los hombres de Estado de todos los países y de todos los tiempos, es la cuestión de las alianzas. La política, reducida en este punto y en otros muchos, por lo demás, á nuevas conjeturas, al igual de la medicina, se equivoca con mucha frecuencia al estudiar los síntomas de las afinidades entre los pueblos, y al ensayar remedios para los odios de las naciones. Para el condestable la alianza con España era una monomanía; se le había antojado que aquella era la salvación de Francia, y con tal de que satisficiera á Carlos V, que de veinticinco años había hecho veinte la guerra á su señor, al condestable de Montmorency le importaba poco disgustar á los demás aliados, turcos y protestantes, y desperdiciar las mejores ocasiones, como aquella que daba Flandes á Francisco I.

El rey tenía confianza ciega en Montmorency. En las últimas hostilidades contra el emperador,

el condestable había demostrado una resolución inaudita y había contenido al enemigo; cierto es que fué al precio de la ruina de una provincia; cierto es que fué oponiéndole un desierto; cierto es que fué devastando la décima parte de Francia. Pero lo que sobre todo admiraba el rey, era la orgullosa rudeza de su ministro y su inflexible obstinación, que podía parecer firmeza hábil é íntegra si la examinaba un espíritu superficial.

Resultado de todo esto, era que el rey Francisco I escuchaba al gran sobornador de personas, como le llama Brantôme, con una deferencia igual que el temor que inspiraba á sus subordinados el terrible rezador de padrenuestros, que alternaba sus plegarias con ejecuciones en la horca.

Carlos V podía, pues contar, seguramente, con la sistemática amistad del condestable.

Pero aún confiaba más en la generosidad de su rival. Francisco I, en efecto, exageraba la grandeza hasta convertirla en engaño. «En mi reino—decía—no se cobra peaje como en un puente, y yo no vendo la hospitalidad.» El astuto Carlos V sabía que podía fiarse de su palabra de caballero.

Sin embargo, cuando el emperador entró en territorio francés, no pudo dominar sus temores ni sus dudas. Encontró en la frontera á los dos hijos del rey, que habían salido á su encuentro, y por todas partes, á su paso, le colmaban de atenciones y de honores. Pero el cauteloso monarca se estremecía al pensar que todas aquellas hermosas apariencias de cordialidad ocultaban tal vez un lazo: «Decididamente—solía decir—, se duerme mal en país extranjero.» En las fiestas que se le daban mostraba siempre la misma expresión de intranquilidad y preocupación, y conforme iba internándose en Francia, se ponía más triste cada vez.

Cuando entraba en una ciudad, se preguntaba entre las arengas y bajo los arcos de triunfo si sería aquella la que iba á servirle de prisión, y luego murmuraba para sí: «No es ésta, ni es la otra; Francia entera es mi calabozo; todos estos cortesanos solícitos son mis carceleros.»

Y de hora en hora crecía la ansiedad feroz de aquel tigre que se creía enjaulado y que por todas partes creía ver los barrotes de hierro de su jaula.

Un día, durante un paseo á caballo, Carlos de Orleans, encantador muchacho que se anticipaba á ser amable y valeroso como un hijo de Francia y murió luego de la peste como un villano, saltó de repente á la grupa del caballo del emperador, y abrazando á éste por la espalda, le dijo en broma: «Ahora sois mi prisionero.» Carlos V se puso pálido como la muerte y estuvo á punto de desmayarse.

En Châtelleraut encontró el pobre cautivo imaginario á Francisco I, que le acogió paternalmente y al otro día le presentó en Romorantin toda su corte: la valerosa y galante nobleza, gloria del país; los artistas y los litera-

tos, gloria del rey. Reprodujéronse las fiestas cada vez con más esplendor; el emperador ponía á todos buena cara, pero en su fuero interno estaba constantemente asustado y se reprochaba su imprudencia. De cuando en cuando, como para convencerse de que estaba en libertad, salía al amanecer del castillo donde estuviese alojado, y veía con satisfacción que aparte los honores que se le tributaban, nadie se oponía á que fuera donde quisiese; pero ¿acaso podía estar seguro de que no se le vigilaba? A veces, como por capricho, alteraba el itinerario del viaje, con gran contrariedad de Francisco I, cuyos preparativos quedaban desbaratados por estos exabruptos.

Cuando estuvieron á dos jornadas de París, recordó el monarca español lo que Madrid había sido para el rey de Francia. Para un emperador debía ser la capital la prisión más honrosa y al mismo tiempo la más segura. Se detuvo, pues, y rogó al rey que le llevara al punto á Fontainebleau, el Real Sitio de que tanto había oído hablar. Esto perturbaba todos los planes de Francisco I, pero era el rey demasiado complaciente para manifestar su contrariedad, y accediendo sin la más mínima protesta, hizo llamar á Fontainebleau á la reina y á todas sus damas.

La presencia de su hermana Leonor y la confianza de ésta en la lealtad de su esposo, calmaron no poco las inquietudes de Carlos V. Pero el emperador, aunque momentáneamente tranquilizado, no se encontraba á gusto en los dominios de Francisco I. Este era el espejo de lo pasado, y Carlos V, el hombre de lo porvenir, que no comprendía bien á los héroes de la Edad Media; no era posible que hubiese simpatías entre el último de los caballeros y el primero de los diplomáticos.

No negaremos que en rigor podría Luis XI reivindicar este título, pero Luis XI, más que como diplomático que ejercía sus habilidades, debe ser considerado como avaro que amontonaba dinero.

El día de la llegada del emperador se celebró una cacería en los bosques de Fontainebleau. La caza era uno de los mayores placeres de Francisco I: para Carlos V apenas si era otra cosa que una molestia. Sin embargo, el emperador aprovechó esta nueva ocasión de ver si estaba ó no prisionero; dejó pasar á los cazadores, se echó á un lado y se alejó hasta extraviarse; al verse solo en medio del bosque, libre como el aire que pasaba por entre las ramas de los árboles, y como los pájaros que cruzaban por el aire, se tranquilizó casi por completo y recobró su buen humor. Cuando al encontrarse en el punto de cita, vió venir hacia él á Francisco I, animado por el ardor de la cacería, y llevando en la mano aún la lanza ensangrentada, volvió á sentir alguna intranquilidad. Hasta en los placeres de la caza se revelaba el guerrero de Margnan y de Pavia.

—¡Vamos, vamos, hermano mío!—dijo Francis-

co I cogiéndole del brazo cariñosamente cuando ambos hubieron echado pie á tierra y llevándole hacia la galería de Diana, resplandeciente con las pinturas de Rosso y del Primaticcio.

—¡Alegraos! Estáis tan pensativo como lo estaba yo en Madrid. Pero yo, convenid en ello, tenía motivos para estarlo, porque era prisionero vuestro, en tanto que vos sois mi huésped, y estáis libre y en visperas de un gran triunfo. Regocijáos con nosotros, ya que no por las fiestas, demasiado fútiles tal vez para un gran político como vos, al menos pensando en que vais á castigar á esos bebedores de cerveza flamencos que pretenden renovar lo pasado... O mejor dicho, olvidad á los rebeldes y no penséis más que en divertirnos con vuestros amigos. ¿Acaso no os agrada mi corte?

—Es admirable, hermano mío—respondió Carlos V—, y os la envidio sinceramente. Yo también tengo una corte, ya la habéis visto, pero una corte seria y grave, una asamblea triste de hombres de Estado y de generales como Lannoy, Pescara, Antonio de Leyva. Pero vos tenéis, además de vuestros guerreros y de vuestros negociadores, además de vuestros Montmorency y vuestros Dubellay; además de vuestros sabios, Budee, Duchâtel, Lascaris; vuestros poetas y vuestros artistas Murat, Juan Goujón, Primaticcio, Benvenuto, y sobre todo, mujeres adorables: Margarita de Navarra, Diana de Poitiers, Catalina de Médicis y muchas más, y voy creyendo, querido hermano, que cambiaría de buena gana mis minas de oro por vuestros campos de flores.

—Pero entre todas esas flores, no habéis visto aún la más bella—dijo Francisco I al hermano de Leonor.

—Verdad es. Tengo grandísimos deseos de admirar esa maravilla—repuso el emperador, que en la alusión del rey había adivinado que se trataba de la duquesa de Etampes—. Pero desde ahora os digo que tienen razón los que afirman que el reino más bello del mundo es el vuestro, hermano mío.

—También vos poseéis el condado más bello: Flandes; y el más hermoso ducado: Milán.

—Vos habéis rehusado uno de ellos el mes pasado—dijo sonriéndose el emperador—, y os lo agradezco; pero codiciáis el otro, ¿no es verdad?—añadió suspirando.

—¡Ah, primo mío! Por favor, no hablemos hoy de cosas serias; después de los placeres de la guerra, no hay nada que menos me agrade perturbar que los placeres de una fiesta.

—La verdad es—repuso Carlos V haciendo una mueca como la que haría un avaro convencido de la necesidad de pagar una deuda—que le tengo mucho cariño al Milanesado, y que me costará un gran esfuerzo cedérselo.

—Devolvérmelo, diréis mejor; la palabra es más apropiada y tal vez dulcifique vuestro dolor. Pero ahora no se trata de eso, sino de divertirnos. Ya volveremos á hablar del Milanesado más tarde.

—Donación ó restitución, dado ó devuelto—dijo el emperador—, no por eso dejaréis de tener en él uno de los más bellos dominios del mundo; porque lo tendréis, hermano mío; es cosa resuelta; yo he de cumplir mis compromisos con vos con igual fidelidad que vos cumplís los vuestros para conmigo.

—¡Dios mío!—exclamó Francisco I, á quien empezaba á impacientarse esta insistencia en hablar de asuntos serios—. ¿Qué podéis echar de menos, hermano mío? ¿No sois rey de las Españas, emperador de Alemania, conde de Flandes, y señor, por la influencia ó por las armas, de toda Italia, desde la falda de los Alpes hasta el extremo de las Calabrias?

—Pero vos tenéis á Francia—contestó Carlos V suspirando.

—Poseéis las Indias y sus tesoros; el Perú y sus minas.

—Pero vos tenéis á Francia.

—Sois monarca de un imperio tan vasto que en vuestros dominios no se pone el sol.

—Pero vos tenéis á Francia. ¿Qué diríais si yo ambicionara esta joya de los reinos tan amorosamente como vos codiciáis á Milán, la perla de los ducados?

—Escuchad, hermano mío; sobre estos asuntos fundamentales tengo más bien instinto que ideas, y así como en vuestro país se dice: «No toquéis á la reina», yo os digo: «No toquéis á Francia».

—¡Bah!—dijo Carlos V—. ¿No somos primos y aliados?

—Indudablemente—contestó Francisco I—, y confío en que de hoy en adelante nada perturbará nuestras relaciones de parentesco y nuestra alianza.

—También yo confío—dijo el emperador—. Pero —continuó con su sonrisa de ambicioso y con su mirada hipócrita—, ¿puedo acaso responder de lo porvenir, y evitar, por ejemplo, que mi hijo Felipe se malquistase con vuestro hijo Enrique?

—La contienda no sería peligrosa para nosotros—contestó Francisco I—, siendo Tiberio quien sucedía á Augusto.

—¡Qué importa el soberano!—dijo Carlos V acalorándose—. El imperio será siempre el imperio, como la Roma de los Césares seguía siendo Roma cuando los Césares sólo lo eran ya de nombre.

—Sí; pero el imperio de Carlos V no es el imperio de Octavio, hermano mío—contestó Francisco I, que también empezaba á incomodarse—. La de Pavia fué una gran batalla, pero no puede compararse con la de Actium; además, Octavio era rico, y vos, á pesar de vuestros tesoros de la India y de vuestras minas del Perú, estáis bastante mal de fondos; todos lo saben. No hay banca que consienta en prestaros ni á trece ni á catorce; vuestras tropas, sin sueldo, han tenido que saquear á Roma para poder vivir, y ahora que la han saqueado se sublevan.

—¿Y vos, hermano mío? Vos habéis enajenado los dominios reales, según mis noticias, y os véis en la precisión de contemplar á Lutero para que

los príncipes alemanes os presten el dinero que necesitáis.

—Sin contar—añadió Francisco I—, con que vuestras Cortes están muy lejos de ser tan fáciles de manejar como el Senado, en tanto que yo puedo envanecerme de haber dado á los reyes para siempre una independencia absoluta de las Cortes francesas.

—Tened cuidado, no sea que os pongan algún día vuestros Parlamentos bajo tutela.

La discusión se animaba; ambos soberanos se acaloraban más cada vez, y el odio que los había enemistado durante tanto tiempo comenzaba á aparecer de nuevo. Francisco I estaba á punto de olvidar los deberes de la hospitalidad y Carlos V la prudencia, cuando el rey de Francia se acordó de que estaba en su casa.

—¡A fe de caballero, hermano mío—dijo echándose á reír—, cualquiera diría que íbamos á disputar! Ya os dije que no debíamos hablar de cosas serias, y que había que dejar á nuestros ministros el cuidado de discutirlos, sin preocuparnos nosotros más que de sostener y fomentar nuestra buena amistad. Vaya, vaya; convengamos de una vez para siempre en que vos seréis amo del mundo, exceptuando á Francia, y no volvamos á hablar de ello.

—Menos la Francia y el Milanesado, hermano mío—replicó Carlos advirtiendo la imprudencia que había cometido y remediándola á tiempo—. Porque el Milanesado es vuestro; os lo he prometido y renuevo mi promesa.

Con estas recíprocas seguridades de amistad terminaron su diálogo. Abrióse la puerta de la galería de Diana y apareció en ella la duquesa de Etampes. El rey fué á su encuentro y la llevó de la mano junto al emperador, que la veía por primera vez, y que, perfectamente enterado de lo ocurrido entre ella y el duque de Medinasonida, la contemplaba con su más penetrante mirada.

—Hermano mío—dijo el rey—. ¿Veis á esta hermosa dama?

—No sólo la veo—contestó el emperador—, sino que la admiro.

—¿Sabéis lo que quiere?

—Si es alguna de mis Españas se la daré con mucho gusto.

—No, hermano mío; no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Quiere que os retenga en París hasta que rompáis ó anuléis el tratado de Madrid, y ratifiquéis con los hechos la palabra que acabáis de darme.

—Si el consejo es bueno hay que seguirlo—respondió el emperador inclinándose ante la duquesa, tanto para ocultar la repentina palidez que había invadido su rostro, como para realizar un acto de cortesía.

No tuvo tiempo de decir más, y Francisco I no pudo ver el efecto que habían hecho las palabras que acababa de pronunciar sonriéndose, y que Carlos V estaba siempre dispuesto á tomar en serio. No tuvo tiempo porque la puerta se abrió

nuevamente para dar paso á toda la corte, que se diseminó por la galería.

Durante la media hora que precedió á la comida y en la cual se mezcló toda aquella gente elegante, ingeniosa y corrompida, repitióse la escena que hemos relatado al describir la recepción del Louvre. Eran los mismos hombres y las mismas mujeres; los mismos cortesanos y los mismos lacayos. Cruzábanse las miradas de amor y las miradas de odio y los sarcasmos y las galanterías, como de costumbre.

Carlos V, viendo entrar á Montmorency, á quien consideraba justamente como el más fiel de sus aliados, salió á su encuentro y conversó en un rincón con él y con el duque de Medinasidonia, su embajador.

—Firmaré todo lo que queráis, condestable—decía el emperador, que conocía la lealtad del viejo soldado—; preparad el acta de cesión del ducado de Milán; y por Santiago os juro que aunque sea uno de los más bellos florones de mi corona, firmaré el acta.

—¡Un acta! ¡Un documento escrito!—exclamó el condestable rehusando efusivamente aquella precaución que revelaba la desconfianza—. ¡Un escrito, señor! ¡Nada de eso! Con vuestra palabra basta. ¿Acaso habéis necesitado que se firmara acta alguna para venir á Francia? ¿Y creéis que hemos de tener menos confianza en vuestra majestad que la que V. M. ha tenido en nosotros?

—Tenéis razón, señor de Montmorency, tenéis razón—dijo el emperador tendiéndole la mano. El condestable se alejó.

—¡Pobre cándido!—continuó el emperador dirigiéndose á Medinasidonia—, hace política del mismo modo que los topos hacen sus agujeros: á ciegas.

—Pero ¿y el rey, señor?—preguntó Medinasidonia.

—El rey está demasiado orgulloso de su grandeza para que no lo esté también de la nuestra. Nos dejará marchar, imprudentemente, y nosotros, con muchísima prudencia, le haremos esperar. Hacer esperar no es faltar á la palabra, es aplazar su cumplimiento nada más.

—¿Pero y la duquesa de Etampes?

—En cuanto á esa, ya veremos—dijo el emperador jugueteando con una magnífica sortija que llevaba en el dedo pulgar de la mano izquierda, y que estaba adornada con un soberbio brillante—. ¡Ah! Desearía hablar con ella.

Mientras el emperador y su ministro cambiaban en voz baja estas palabras, la duquesa se burlaba despiadadamente del vizconde de Marmagne, á presencia de Roberto de Estourville y con motivo de sus hazañas nocturnas.

—¿Son acaso vuestros esbirros los protagonistas de esa prodigiosa historia que cuenta Benvenuto á todo el que quiere oírle?—le decía—. Atacado Cellini por cuatro hombres, y sin poder defenderse más que con un brazo, logró hacerse escoltar hasta su casa por ellos. ¿Erais vos alguno de esos valientes tan corteses, vizconde?

—Señora—contestó Marmagne confuso—, no

ocurrió el suceso así precisamente. Benvenuto desfigura los hechos al contarlos, para darse tono.

—No dudo de que fantasee un poco en los detalles, pero el fondo es cierto, vizconde, absolutamente cierto; y en estos casos el fondo es lo esencial.

—Señora—replicó el vizconde—, os prometo que tomaré el desquite y que esta vez seré más afortunado.

—Perdonad, vizconde. No es un desquite de lo que se trata, sino una partida que hay que volver á empezar. Las dos primeras las ha ganado Cellini.

—Gracias á mi ausencia; porque mi gente huyó aprovechando la circunstancia de que yo no estaba allí para impedirlo. ¡Miserables!...

—Os aconsejo, Marmagne—insinuó el preboste, —que os deis por vencido. No tenéis suerte con Cellini.

—En ese caso creo que podemos colocarnos juntos, querido preboste; porque si añadimos los hechos comprobados á los rumores misteriosos que circulan, si relacionamos la conquista del palacio de Nesle y la desaparición de uno de sus habitantes, resultará que tampoco vos, señor de Estourville, habéis sido muy afortunado con Cellini. Verdad es que, según dicen, si no de la vuestra, se ocupa activamente de la felicidad de vuestra familia.

—Señor de Marmagne!—exclamó violentamente el preboste al ver que empezaba á propalarse su desventura paternal—. Me daréis explicaciones de lo que quieren decir esas palabras.

—Señores, señores!—interrumpió la duquesa—. No olvidéis que estoy yo presente. Ninguno de los dos tenéis razón. Señor preboste, los que tienen tan poco acierto para realizar determinadas investigaciones, no están autorizados á censurar á los que tampoco logran feliz éxito en sus propósitos. Los que saben buscar mal, no tienen nada que echar en cara á los que no saben encontrar. Señor Marmagne, después de las derrotas lo mejor es que los vencidos se unan contra el enemigo común, y no que le den la satisfacción de matarse unos á otros. Ya está entrando la corte en el comedor; dadme la mano, vizconde; y puesto que los hombres y sus fuerzas fracasaron ante Cellini, vamos á ver si también es invencible para la astucia de una mujer. Siempre he creído que los aliados eran un estorbo, y me ha gustado luchar sola. Los peligros son mayores, ya lo sé, pero tampoco hay que compartir la gloria del triunfo con nadie.

—¡Qué impertinente!—dijo Marmagne—. Vedle con qué familiaridad está hablando con el rey. Más parece un noble de la corte que un miserable cincelador.

—¿Qué decís, vizconde? Es noble, es lo más noble que se puede ser—dijo la duquesa riéndose—. ¿Conocéis muchas, entre las más antiguas familias de nuestra nobleza, que descendan de un lugarteniente de Julio César y que tengan las tres flores de lis y el lambel de la casa de Anjou en su escudo? No es el rey el que engrandece

al cincelador al hablarle; es el cincelador el que honra al monarca cuando le dirige la palabra.

En efecto, Francisco I y Benvenuto hablaban en aquel momento con la misma extraordinaria familiaridad á que tenían acostumbrado al insigne artista elegido del cielo, los más grandes de la tierra.

—¿Y qué, Benvenuto, cómo va mi Júpiter?

—Preparo la fundición, señor—contestó Cellini.

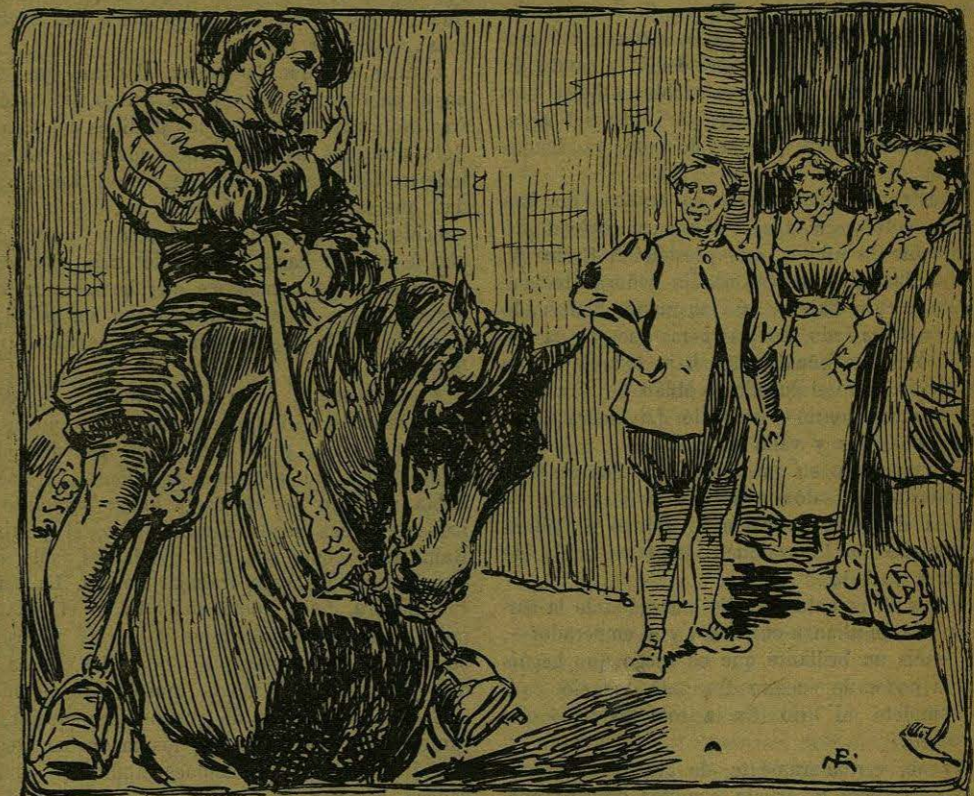
—¿Y cuándo se ejecutará esa gran obra?

—Apenas regrese á París.

—¡Bravo, Cellini, bravo! ¡Eso es hablar como un artista!

—Además, deseo tener perfecto derecho á reclamar el cumplimiento de la promesa que me hizo V. M.

—Es muy justo. Si quedamos satisfechos os concederemos el don que gustéis. No lo hemos olvidado, y aunque lo olvidáramos, ahí están los testigos á cuya presencia nos comprometimos, que nos lo recordarán. ¿No es cierto, Monmorency? ¿No es verdad, Poyet? Nuestro condestable y



Volvióse luego hacia sus obreros, que estaban agrupados en la escalinata.

—Escoged los mejores obreros y no descuridéis nada, para que la operación tenga buen éxito. Si necesitáis dinero, ya sabéis que aquí estoy yo.

—Sé que sois el más grande, el más noble y el más generoso de los reyes de la tierra—respondió el artista—; pero gracias al sueldo que V. M. me ha señalado, soy rico. Respecto á la operación de que tenéis la bondad de hablarme, señor, no emplearé á nadie para prepararla y realizarla; si me lo permitís, la haré yo solo. Desconfío de todos los fundidores de Francia, no porque no sean hábiles, sino porque temo que por espíritu de nacionalidad no quieran poner sus conocimientos y sus aptitudes al servicio de un artista ultramontano. Y os lo confieso, señor, el éxito de la fundición tiene para mí demasiada importancia y no he de permitir que ponga manos en ella nadie más que yo.

TOMO II

nuestro canciller tienen el encargo de recordarnos el compromiso.

—Es que V. M. no puede adivinar la importancia que para mí tiene su palabra desde el día en que me la dió.

—Será cumplida, no lo dudéis, será cumplida. Pero ya abren la sala del banquete. ¡A la mesa, señores!

Francisco I se acercó á Carlos V y se colocó al frente de la comitiva con su augusto huésped. Abriéronse los dos batientes de la puerta y ambos soberanos entraron al mismo tiempo y se colocaron en la mesa uno frente á otro: Carlos V entre la reina Leonor y la duquesa de Etampes; Francisco I entre Catalina de Médicis y Margarita de Navarra.

La comida fué muy alegre y los manjares exquisitos. Francisco I, en su ambiente de placeres y fiestas y ceremonias, se divertía como un rey y

se reía como un plebeyo de los cueros que contaba Margarita de Navarra; Carlos V colmaba de atenciones y de obsequios á la duquesa de Etampes, y todos los demás hablaban animadamente de política ó de arte. Así transcurrió el banquete.

A los postres, como de costumbre, los pajes trajeron los aguamaniles; la duquesa de Etampes tomó de manos del sirviente el destinado á Carlos V, que era de oro, y lo mismo hizo Margarita de Navarra respecto de Francisco I. Una y otra vertieron en el aguamanil el agua del respectivo jarrón y poniendo una rodilla en tierra, según la etiqueta española, se los presentaron á los monarcas. El emperador se humedeció la punta de los dedos, y mirando á su noble y bella servidora, dejó caer, sonriendo, al fondo del aguamanil la magnífica sortija de que ya hemos hablado.

—Vuestra majestad pierde su anillo—dijo Ana introduciendo sus manos en el agua y cogiendo delicadamente la alhaja, que presentó á Carlos V. —Guardad para vos esa sortija, señora—respondió éste en voz baja—, está en manos demasiado bellas y demasiado nobles para que yo la recoja—. Y luego añadió más bajo todavía: —Es un anticipo sobre el ducado de Milán.

La duquesa sonrió y se calló. La piedra había caído á sus pies y valía un millón.

En el momento en que los comensales pasaban del comedor al salón y del salón á la sala de baile, la duquesa de Etampes detuvo á Cellini, que, llevado por la avalancha humana, había ido á parar á su lado.

—Señor Benvenuto—le dijo entregándole la sortija prenda de alianza entre ella y el emperador—, aquí tenéis un brillante que os ruego que hagáis llegar á poder de vuestro discípulo Ascanio, para que complete mi lirio. Es la gota de rocío que le prometí.

—Y cae, verdaderamente, de las manos de la Aurora—contestó el artista con una sonrisa burlesca y una galantería fingida.

Luego, mirando la sortija, se estremeció al reconocer en aquel anillo el mismo que él había hecho para el Papa Clemente VII, y que por encargo de éste llevó Benvenuto en persona, de parte del Sumo Pontífice, al sublime emperador.

Para que Carlos V se hubiese desprendido de semejante alhaja, sobre todo en beneficio de una mujer, era preciso que existiese alguna oculta connivencia, algún convenio secreto, alguna alianza oscura entre la duquesa de Etampes y el emperador.

Mientras Carlos V continúa en Fontainebleau pasando los días, y sobre todo las noches, en las alternativas del temor y de confianza que hemos intentado describir; mientras procede con astucia, intriga, zapa, mina, promete, se desdice y vuelve á prometer, dirijamos una mirada al palacio de Nesle y veamos si ocurre algo nuevo entre aquellos de sus habitantes que en él permanecían.

XXVI

EL TRASGO

Toda la colonia estaba revolucionada. El trasgo, el antiguo y fantástico huésped del convento, sobre cuyas ruinas había sido edificado el palacio de Amaury, había vuelto á aparecer hacia tres ó cuatro días. La señora Perrine le vió paseándose durante la noche por los jardines del palacio, vestido con su blanco sudario y andando de modo que ni dejaba huellas en el suelo, ni hacía el más pequeño ruido.

¿Cómo era que la señora Perrine, que vivía en el palacete, había visto al trasgo pasear á las tres de la madrugada por los jardines del palacio? Sólo podemos decirlo cometiendo una tremenda indiscreción, pero á fuer de historiadores, cualidad que anteponemos á todas las demás, y convencidos de que nuestros lectores tienen derecho á conocer hasta los detalles más secretos de la vida de los personajes que hemos puesto en escena, sobre todo cuando tienen un papel importante en la presente historia, vamos á revelárselo.

A consecuencia de la desaparición de Colomba, de la retirada de Pulqueria, cuyos servicios ya no eran necesarios, y por esto había sido despedida, y del viaje del preboste, la señora Perrine se había quedado por dueña y única habitante del palacete; pues según hemos dicho, el jardinero Rimbault, como sus dos ayudantes, sólo estaban contratados para trabajar de día. La señora Perrine era, pues, reina absoluta en el palacete, pero al mismo tiempo reina solitaria; así es que se aburría soberanamente todas las horas del día, y se pasaba la noche muriéndose de miedo.

Cayó en la cuenta de que podía remediar, durante el día por lo menos, los inconvenientes de su situación: sus relaciones amistosas con la señora Ruperta la facilitaban el acceso al palacio. Pidió permiso para visitar á sus vecinas, y el permiso le fué concedido amablemente.

Pero al estrechar sus relaciones con las vecinas, la dueña se encontró, naturalmente, en contacto con los vecinos. La señora Perrine era una mujer muy gruesa, de treinta y seis años, aunque solo confesaba veintinueve. Alta, robusta, rechoncha, fresca todavía, complaciente siempre, su entrada fué un acontecimiento en el taller, donde forjaban, tallaban, limaban, martilleaban ó cincelaban diez ó doce compañeros alegres, aficionados á jugar los domingos, á beber los días de fiesta y los de trabajo, y á las mujeres á todas horas. Así fué que tres de nuestros antiguos amigos estaban atacados del mismo mal de amores al cabo de pocos días. Eran Juan, el aprendiz; Simón el Zurdo, y Hermann el alemán. Ascanio, Santiago Aubry y Pagolo habían escapado á la influencia de los encantos de Perrine, porque estaban enamorados de otras mujeres. Los demás compañeros hablan sentido también, quizá, algún chispazo de aquel fuego griego; pero sin duda

se dieron cuenta de la inferioridad de su situación, y antes de que prendiese el incendio, echaron sobre las primeras chispas el agua de la humildad.

Juan estaba enamorado á la manera de Queburín, es decir, enamorado del amor. La señora Perrine, como fácilmente se comprenderá, era una mujer demasiado grande para responder á semejante fuego fatuo.

Simón el Zurdo la ofrecía un porvenir mejor y un amor más duradero, pero la señora Perrine era una mujer muy supersticiosa: había visto á Simón hacer la señal de la cruz con la mano izquierda; supuso que al firmar el contrato de boda tendría que hacerlo con la misma mano, y la señora Perrine estaba convencida de que una señal de la cruz hecha con la mano izquierda sería más para perder que salvar á un alma, del mismo modo que no hubiera habido quien la persuadiese de que un contrato de boda firmado con la mano izquierda podía hacer otra cosa que dos desgraciados. Sin decir nada de los motivos de su opinión, escuchó la declaración de Simón el Zurdo, de modo que no pudiera quedarle esperanza alguna para lo porvenir.

Quedaba Hermann. Hermann ya era otra cosa. Hermann no era un pisaverde como Juan, ni una naturaleza desgraciada como Simón el Zurdo; Hermann tenía en toda su persona un no sé qué de honrado, de cándido, que agradaba mucho á la señora Perrine; además, en vez de tener la mano derecha á la izquierda, y la izquierda á la derecha, se servía enérgicamente de ambas, y lo hacía con tanta habilidad, que parecía tener dos manos derechas. Además, era un hombre magnífico, considerado con arreglo al criterio vulgar. La señora Perrine había fijado, pues, su elección en Hermann.

Pero como es sabido, Hermann era inocente como Celadon. Resultó, pues, que las primeras baterías de Perrine, es decir, las carantoñas, fruncimientos de boca y dulces miradas, fracasaron completamente ante la nativa timidez del alemán, que se contentaba con mirar á la dueña con sus ojazos muy abiertos; pero como los ciegos del Evangelio, «Oculos habebat et non videbat», ó si veía era sólo el conjunto de la digna mujer, sin observar para nada los detalles. La señora Perrine echó mano del recurso de los paseos, ya por el muelle de los Agustinos; ya por los jardines del palacio ó del palacete, y en cada paseo escogía por compañía á Hermann, que se consideraba feliz para sus adentros. Su corazón tudesco daba cinco ó seis palpitaciones más por minuto cuando la señora Perrine se apoyaba en su brazo, pero ya fuese porque encontrara alguna dificultad en pronunciar la lengua francesa, ó porque experimentara mayor placer oyendo hablar al objeto de sus secretos pensamientos, ello era que la señora Perrine sólo conseguía muy raras veces arrancarle otras palabras que las dos sacramentales frases de: «Buenos días, señorita», ó «Adiós, señorita», que Hermann pronunciaba generalmente con dos horas de inter-

valo: la primera al dar el brazo á la dueña, y la última al separarse de ella. Y aunque aquel título de «señorita» la halagara mucho, y aunque fuera para ella muy agradable hablar dos horas seguidas sin que la interrumpieran, la señora Perrine hubiese deseado que su monólogo fuese interrumpido al menos por algunas interjecciones que pudieran darle una idea estadística de los progresos que hacía su cariño en el corazón de su silencioso acompañante.

Pero estos progresos, aunque no fueran expresados por medio de palabras ó de la fisonomía, no dejaban de ser reales y efectivos; el foco abrasador ardía en el corazón del honrado alemán, y atizado todos los días por la presencia del objeto de sus ansias, iba convirtiéndose en un verdadero volcán. Hermann empezaba, al fin, á notar la preferencia que le otorgaba la señora Perrine, y sólo esperaba á tener un poco más de certidumbre para declararse. Ella comprendió su vacilación, y una noche, cuando se separaban á la puerta del palacete, le vió tan agitado, que creyó que hacía una buena obra estrechándole la mano. Hermann, transportado de alegría, correspondió á la manifestación con otra semejante, pero con gran asombro suyo, la señora Perrine **dió un grito formidable**; en su delirio, Hermann no había calculado la fuerza del apretón, y creyendo que cuanto más apretara, daría idea más exacta de la violencia de su amor, estuvo á punto de aplastar la mano de la pobre dueña.

Al oír el grito, Hermann se quedó estupefacto; pero la señora Perrine, temiendo desanimarle en el momento en que acababa de realizar su primera tentativa, se esforzó por sonreír, y despegando sus dedos, momentáneamente adheridos unos á otros, dijo:

—No es nada, no es nada, querido señor Hermann; nada absolutamente.

—Os pido mil perdones, señorita Perrine; pero es que os amo con todas mis fuerzas, y os he estrechado la mano como os amo.

—No hay de qué, señor Hermann, no hay de qué. Supongo que vuestro amor será un amor honrado, del cual no tenga por qué avergonzarse una mujer honesta.

—¡Oh! ¡Ya lo creo, señorita Perrine! ¡Ya lo creo que es honrado mi amor! Yo no me había atrevido aún á hablaros de él, pero puesto que se me ha escapado la palabra, sabedlo: os amo, os amo mucho, muchísimo, señorita Perrine.

—Y yo, señor Hermann—dijo ella con zalamería—, creo poder deciros, porque juzgo que sois un hombre bueno, incapaz de comprometer á una pobre mujer, que... ¡Dios mío! ¿Cómo lo diría yo?

—¡Oh, decidlo, decidlo!—exclamó Hermann.

—Pues bien; que... ¡qué mal hago en confesarlo!

—No, no hacéis mal. Decidlo, decidlo.

—Pues bien; os confieso que no soy indiferente á vuestro amor.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Hermann en el colmo de la alegría.

Una noche que al terminar un paseo, la Julieta del palacete había acompañado á su Romeo hasta la escalinata del palacio, vió al volver sola, cuando pasaba por la puerta del jardín, la blanca aparición á que nos hemos referido, y que en opinión de la digna dueña, no podía ser sino el trasgo. Inútil es decir que Perrine se metió en casa muerta de miedo, y atrancó la puerta de su cuarto.

Al día siguiente por la mañana todo el taller tuvo noticia de la visión nocturna. La señora Perrine se limitó á narrar el suceso escuetamente, sin entrar en detalles. Se le había aparecido el trasgo. Esto era todo. Fué inútil intentar que dijera una palabra más.

En el palacio no se habló en todo el día de otra cosa que del trasgo. Unos creían en la aparición del fantasma; otros se burlaban de ella. Se notó que Ascanio tomó partido contra la existencia del trasgo, y capitaneaba á los incrédulos, que eran, además de él, Juan, Simón el Zurdo y Santiago Aubry.

El partido de los creyentes lo componían Ruperta, Scozzone, Pagolo y Hermann.

Por la noche se reunieron en el segundo patio del palacete. Perrine, que había sido interrogada por la mañana acerca del trasgo, pidió que la dejaran todo el día para coordinar sus recuerdos, y al llegar la noche declaró que estaba dispuesta á contar la terrible leyenda. Conocía la influencia del aparato escénico lo mismo que un dramaturgo moderno, y sabía que una historia de aparecidos pierde todo su efecto contada á la luz del sol, en tanto que se duplica su interés contándola entre tinieblas.

Su auditorio se componía de Hermann, que había tomado asiento á su derecha; Ruperta, que estaba á su izquierda; Pagolo y Scozzone, sentados uno junto á otro, y Santiago Aubry, tumbado en la hierba entre sus amigos Juan y Simón el Zurdo. En cuanto á Ascanio, había declarado que despreciaba de tal modo todas aquellas consejas, que ni siquiera quería oirlas.

—¿De modo—dijo Hermann después de un instante de silencio, que cada cual aprovechó para colocarse á gusto—, de modo, señorita Perrine, que vais á contarnos la historia del trasgo?

—Sí—contestó ella—; pero debo advertiros que es una historia terrible, y que tal vez no sea muy conveniente contarla á estas horas; pero como todos somos personas piadosas, aunque haya entre nosotros algunos incrédulos, y como por otra parte, el señor Hermann tiene fuerzas suficientes para poner en fuga al mismo Satanás si se presentara, voy á contaros esa historia.

—Perdonad, señorita Perrine—dijo el enamorado de la dueña—; debo advertiros que si viniese Satanás, no hay que contar conmigo. Yo pelearé con los hombres cuanto queráis, pero con el diablo, no.

—Bueno, pues si viene seré yo quien pelee—añadió Santiago Aubry—. Empezad si queréis, y no tengáis miedo.

—¿Figura algún carbonero en vuestra historia?—preguntó Hermann.

—¿Un carbonero? No, ¿por qué?

—Bueno; es lo mismo.

—Pero, ¿por qué lo preguntabais?

—Porque en Alemania en todas las historias hay un carbonero. Pero no importa; de todos modos vuestra historia debe de ser muy bonita. Empezad, señorita Perrine.

—Sabed, pues, que en otro tiempo había en este mismo sitio en que estamos, antes de que se construyera el palacio de Nesle, una comunidad de monjes, compuesta de los hombres más hermosos que se puede imaginar. El más pequeño de ellos tenía la estatura del señor Hermann.

—¡Pardiez! ¡Qué comunidad!—dijo Santiago Aubry.

—¡Callaos, charlatán!—ordenó Scozzone.

—Sí, callaos, charlatán—repitió el alemán.

—Ya me callo. Seguid, señora Perrine.

—El prior se llamaba Enguerrando, y era un hombre magnífico. El y todos los monjes tenían barbas negras y brillantes, y ojos negros también. El prior tenía los ojos más hermosos de todos, y las barbas más negras. Los dignos hermanos eran hombres de una piedad y de una austeridad sin ejemplo, y tenían voces tan armoniosas y tan dulces, que venía la gente de muchas leguas á la redonda para oírles cantar vísperas. Por lo menos, así me lo han contado.

—¡Pobres frailes!—dijo Ruperta.

—¡Es muy interesante todo eso!—comentó Santiago Aubry.

—¡Es milagroso!—añadió Hermann.

—Un día—continuó la señora Perrine, halagada por las manifestaciones de aprobación con que era acogido su relato—presentaron al prior un joven muy guapo que deseaba entrar como novicio en el convento; no tenía barba todavía, pero sus ojos eran grandes y negros como el ébano, y sus cabellos oscuros y brillantes como el azabache; de suerte que fué admitido sin dificultad. Dijo que se llamaba Antonio, y rogó al prior que le destinase á su servicio, á lo cual accedió el padre Enguerrando. Os hablaba de las voces que tenían aquellos monjes; pues bien, Antonio sí que tenía una voz fresca y melodiosa. Cuando se le oyó cantar el domingo siguiente, todo el auditorio quedó maravillado, y sin embargo, en aquella voz había algo inexplicable que os trastornaba encantandoos; un timbre que despertaba en el corazón ideas más mundanales que celestes; pero todos los frailes eran tan puros, que solo los extraños á la comunidad experimentaron esa extraña emoción; y Enguerrando, que no había sentido nada semejante á lo que os refiero, quedó de tal modo admirado de la voz de Antonio, que le encargó de cantar él sólo, en lo sucesivo, los responsos y las antifonas, alternando con el órgano.

Por otra parte, la conducta del novicio era ejemplar: servía al prior con un celo y un ardor increíbles. Lo único que podía reprochársele eran sus eternas distracciones; en todas partes y á

todas horas seguía al prior con sus ardientes miradas. Enguerrando le decía:

—¿Qué miráis, Antonio?

—Os miro, padre mío—respondía el joven.

—Mirad á vuestro libro de rezos. ¿Qué miráis otra vez?

—A vos, padre mío.

—Antonio, mirad á la imagen de la Virgen. ¿Qué miráis aún?

—A vos, padre mío.

—Antonio, mirad al crucifijo que adoramos.

Además, Enguerrando empezó á observar, al hacer su examen de conciencia, que desde la admisión de Antonio en la comunidad, se veía más asaltado que antes por los malos pensamientos. Antes de aquella fecha no había pecado nunca más de siete veces al día, que, como sabéis, es lo que pecan los justos; á veces, aun examinando minuciosamente su conducta, no lograba encontrar ¡cosa inaudita! más que cinco ó seis pecados; pero desde que estaba allí Antonio, el total de las faltas diarias ascendía á diez, á doce, hasta á quince. Procuraba la compensación al día siguiente: rezaba, ayunaba, se abstraía... ¡Trabajo inútil! Conforme iban pasando los días, la cuenta iba aumentando. Ya había llegado á sumar veinte pecados diarios, y el pobre Enguerrando no sabía qué hacer; comprendía que se condenaba á pesar suyo, y observaba (observación que hubiera consolado á otro cualquiera, pero que á él le apuraba más todavía) que los más virtuosos de sus frailes estaban sometidos á la misma influencia, influencia extraña, inaudita, incomprensible, desconocida; hasta tal punto, que su confesión, que duraba antes veinte minutos, media hora, una hora todo lo más, les ocupaba entonces horas enteras. Hubo precisión de retrasar la hora de la comida.

Entre tanto llegó al convento un rumor que venía circulando insistentemente desde hacía un mes por el país: el señor de un castillo vecino había perdido á su hija Antonia, que había desaparecido una noche, exactamente del mismo modo que ha desaparecido mi pobre Colomba, solo que yo estoy segura de que mi Colomba es un ángel, y, al parecer, aquella Antonia estaba poseída del demonio. El pobre señor buscó por todas partes á la fugitiva, como el señor preboste ha buscado á Colomba. Ya no le quedaba por visitar más que el convento, y sabiendo que el espíritu malo, para ocultarse mejor, tiene á veces la malicia de buscar refugio en los monasterios, solicitó, por medio de un limosnero, al padre Enguerrando, permiso para visitar el suyo. El prior accedió bondadosamente; tal vez, gracias á aquella visita, iba él á descubrir en qué consistía aquel poder mágico que influía desde hacía un mes, sobre él y sus compañeros. Todas las pesquisas fueron inútiles, y el castellano iba á retirarse más desesperanzado que nunca, cuando todos los monjes, al dirigirse á la capilla para rezar los oficios de la tarde, pasaron ante él y el padre Enguerrando, que le acompañaba. Los miró maquinalmente, y cuando iba á pasar el

último, dió un grito muy grande y dijo: «¡Dios del cielo! ¡Es Antonia! ¡Es mi hija!»

Antonia, pues era ella, efectivamente, se puso pálida como un lirio.

—¿Qué haces aquí, con esos hábitos?—preguntó el castellano.

—¿Que qué hago, padre mío? Amar á Enguerrando.

—¡Sal de aquí ahora mismo, desgraciada!—exclamó el caballero.

—Sólo saldré muerta, padre—replicó Antonia.

Y diciendo esto, fuese, á pesar de sus gritos del castellano, á la capilla, y ocupó su sitio entre los demás monjes. El prior permanecía de pie, como petrificado. El castellano, furioso, quería perseguir á su hija, pero Enguerrando le suplicó



Y cuando iba á pasar el último, dió un grito y dijo: ¡Dios del cielo! ¡Es mi hija!

que no profanara con un escándalo el santo lugar, y esperase á que terminaran los oficios. Accedió el padre, y entró con el prior en la capilla.

Estaban los monjes rezando antifonas, y el órgano, semejante á la voz de Dios, preludiaba majestuosamente. Un cántico admirable, pero irónico, amargo, terrible, respondió á los sonos del sublime instrumento. Era el canto de Antonia, y al oírlo, todos los corazones se estremecieron. El órgano volvió á sonar tranquilo, grave, imponente, como si quisiera anonadar con su celestial magnificencia el agrio clamor que le insultaba desde abajo. Como aceptando el desafío, la voz de Antonia se elevó más furiosa que antes, más desolada, más impía. Todos los circunstantes esperaban, confusos, el resultado de aquel diálogo formidable de blasfemias y oraciones, de aquella lucha entre Dios y Satanás, y en medio de un silencio lleno de temblores, la música celestial estalló como un trueno á la terminación del versículo blasfemo, y derramó sobre todas las cabezas inclinadas, excepto una sola, los torren-